

FUENTE: "Educación Hoy" Nº 204, Bogotá-Colombia, octubre-diciembre 2015 - Revista de la Confederación Interamericana de Educación Católica (CIEC)

EL CENTRO EDUCATIVO EN CLAVE DE PASTORAL

QUÉ ES UNA ESCUELA EN CLAVE DE PASTORAL

Podemos afirmar que la Escuela católica se define y se caracteriza como cristiana por su concepción evangélica de la realidad y por su referencia explícita al Evangelio de Jesucristo, con la intención de arraigarlo en la conciencia y en la vida de los educandos (Cf EC 9, 33). Este es el punto de partida de una escuela en clave de pastoral.

Por eso, a lo largo del presente curso, hemos señalado que la pastoral educativa –como cualquier otra– debe partir de un serio discernimiento de los signos de los tiempos. Lo cual implica tener un convencimiento creyente acerca de la palabra de Dios viva en estos tiempos. Ese ha de ser el punto de partida de la «escuela en clave de pastoral».

Entendemos por tal aquella en la que lo pastoral no está circunscrito a un departamento que funciona en paralelo con lo educativo, sino donde se vive, se trabaja, se educa y se enseña en un ambiente integral, holístico, de evangelización y misión.

En un centro con estos planteamientos no hay en él manipulaciones seudoespirituales de lo específicamente escolar. Un centro en clave de pastoral sigue siendo fundamentalmente un centro escolar cuya tarea es educar. No es ni un seminario, ni un convento, ni una escuela de catequesis, ni una sucursal de la comunidad parroquial. Es una



escuela. Pero todo lo que en ella se hace lleva un espíritu, un sello pastoral. La enseñanza de la matemática, por ejemplo, es la misma en una escuela en clave de pastoral y en una escuela laica, pero el espíritu con que se enseña, el talante con el que se vive la educación, es distinto.

Hay, por supuesto, tiempos y ambientes específicos de vivencia religiosa o pastoral, pero nunca serán entendidos como algo distinto o paralelo de lo instruccional. En un centro en clave de pastoral el Proyecto Educativo debe ser todo él también Proyecto de pastoral. Todo lo que se realiza allí debe ser pastoral, espiritual y pedagógico.

La pregunta se plantea una escuela en clave de pastoral no puede ser, entonces, cómo hablar de Jesús a sus alumnos, sino cómo habla Jesús en ellos.

Quien se plantea la primera pregunta está convencido de haber oído hablar a Dios y de saber qué ha dicho de una vez para siempre. En su perspectiva, el problema pastoral es un problema de medios, de averiguar cuáles son las adaptaciones de lenguaje que hay que hacer para que lo mismo de siempre sea entendido hoy. El que se hace la segunda pregunta, en cambio, sabe que el problema está en las mediaciones. Sabe que Dios habló en Jesús de un modo único e insuperable. Pero sabe también que el Espíritu está presente en el mundo y que Jesús es Señor de la Historia. Como dijo el Vaticano II: “El Hijo

Podemos afirmar que la Escuela católica se define y se caracteriza como cristiana por su concepción evangélica de la realidad y por su referencia explícita al Evangelio de Jesucristo.



de Dios, por su encarnación, se unió en cierto modo con todos los hombres” (*Gaudium et spes* 22). De ahí que todo lo humano se ha vuelto expresión temporal de Dios.

El centro en clave de pastoral entiende que la pregunta por lo humano se ha hecho pregunta por Dios y que la pregunta por Dios se ha convertido en pregunta por lo humano. Al afirmar el Señorío de Jesús sobre la Historia afirma que no hay tiempos sustraídos a su dominio y que Él habla constantemente a través de los signos de los tiempos. Y se hace la pregunta por las voces de Jesús en la cultura de hoy, preparándose para acoger la Palabra envuelta en ciertas «palabras» que, tal vez, no son las esperadas.

Aquí pone el punto de partida de su pastoral educativa: una simpatía-empatía con el mundo y específicamente con el mundo de la educación que termina siendo relación de fe.

Obviamente, el marco de la Pastoral educativa es la ESCUELA, en el pleno sentido de la palabra, es decir, no solo como “lugar de aprendizaje”, sino como ámbito de vida. Que por eso mismo tiende a convertirse en “escuela de tiempo completo” (EC 24), a fin de conseguir su finalidad que es la educación integral de la persona.

Por tanto no se puede seguir hablando de tareas curriculares y extracurriculares como extraescolares, ni mucho menos de tareas

escolares y tareas pastorales, pues todas ellas hacen parte del Proyecto Educativo y por ende del proyecto pastoral. Además, la Pastoral de la Escuela católica se proyecta más allá del marco escolar, en verdaderas “acciones extraescolares”, colaborando con la parroquia, la diócesis o con otras instituciones y organizaciones que promueven acciones evangelizadoras, sociales y culturales.

Resumiendo, podemos afirmar, entonces, que un centro en clave de pastoral es aquel en el que todos sus elementos —currículo, organización, pedagogía, disciplina, reglamento, personal, ambiente escolar, etc.— son concebidos, vividos y actuados, desde una apertura creyente a los signos de los tiempos, con la coloratura de las Bienaventuranzas.

EL PROBLEMA DE FONDO

Pareciera que la pastoral educativa vive hoy un momento de particular esplendor: nunca se habían empleado en ella tantos recursos, personas, presupuestos, planes y proyectos. Si uno junta las clases de religión, tutorías, entrevistas, campañas, horas interdisciplinarias en que se hace pastoral, convivencias, oraciones, celebraciones, fiestas, catequesis... descubre que son realmente muchas las horas dedicadas a la pastoral!

Y, sin embargo, nunca como hoy ha sido tan fuerte la sensación de que no estamos logrando nuestros objetivos.

En ocasiones, nos frustra el escaso atractivo que tiene nuestra oferta religiosa en las generaciones jóvenes. Cuando egresan de nuestros centros sabemos cuál es su nivel de matemáticas y lengua y que les hemos enseñado valores y a tomar decisiones... pero sabemos poco de lo que hemos logrado realmente con nuestra pastoral. Porque luego es como si un tsunami arrasara con todo lo construido. La mayoría de nuestros exalumnos se desvinculan de toda expresión verdaderamente creyente. Por ejemplo, apenas va a misa un escuálido 10%. Y no es lo más grave, porque peor es la situación cuando se trata de vivir ciertos valores evangélicos. Ellos viven en otro mundo... ¿O seremos nosotros los que estamos en otro mundo?... se pregunta José María Bautista¹.

Parece evidente que a las instituciones educativas católicas les cuesta ofrecer una manera de ver el mundo que cale tan hondo y de un

Podemos afirmar, entonces, que un centro en clave de pastoral es aquel en el que todos sus elementos —currículo, organización, pedagogía, disciplina, reglamento, personal, ambiente escolar, etc.— son concebidos, vividos y actuados, desde una apertura creyente a los signos de los tiempos, con la coloratura de las Bienaventuranzas.

1. José María Bautista, *Centros con inteligencia espiritual*, en Educadores: Revista de renovación pedagógica, N.º 235, 2010, págs. 8-18

Urge entonces pensar en un tipo de pastoral específicamente educativa y escolar capaz de tocar evangélica y profundamente a todos los integrantes de la comunidad educativa.

modo tan duradero en sus alumnos que influya realmente en la vida social y promueva cambios el estado de las cosas. Tampoco podemos constatar habitualmente que nuestros alumnos terminen su escolaridad con una idea clara de la vida cristiana, con una comprensión evangélica del hombre, de la sociedad y del mundo.

Sucede que en nuestras escuelas los contenidos “religiosos” suelen estar yuxtapuestos a los demás contenidos curriculares. Encerrados en las horas de catequesis o en la materia que haga sus veces, solo entran en relación con los demás cuando hay alguna contradicción. Y quisiéramos señalar que aquí pudiera estar el principal problema pastoral.

Urge entonces pensar en un tipo de pastoral específicamente educativa y escolar capaz de tocar evangélica y profundamente a todos los integrantes de la comunidad educativa. Empezando por distinguir las acciones religiosas que se realizan en la escuela de la pastoral educativa. Una cosa es que se celebre la eucaristía, que haya horas de catequesis, que funcione un grupo juvenil o que haya muchos voluntarios que trabajan con espíritu misionero en campos y barrios y otra muy distintas que haya pastoral educativa. Porque para desarrollar las actividades del listado que acabamos de hacer no haría falta hacer una escuela. Bastaría con construir una capilla.

De lo que se trata, entonces, es de lograr una síntesis fe-ciencia-cultura con la participación activa, comprometida, seria, de todos los actores del acto educativo y en todos los espacios y mediaciones escolares.

Porque a la dificultad de la síntesis entre proyectos curriculares fragmentados se une, en nuestro tiempo, la insignificancia social de lo religioso cristiano en sociedades tan secularizadas como las nuestras y a las limitaciones que la catequesis de iniciación ha tenido y tiene todavía, lo cual afecta seriamente a educadores, alumnos y familias.

Es así como hemos llegado a una conclusión: si vivimos en un mundo nuevo, entonces necesitamos una pastoral nueva, que, a poder ser, no se llame “pastoral”. Y, si es hora de cambiar, entonces ¡cambemos!

Pero los cambios no acaban de llegar. Se ve la necesidad de cambiar en la cabeza, pero no se la siente desde las entrañas. Y de ahí surgen “los neutralizadores del cambio”, de que habla J. M. Bautista², pequeños mecanismos sutiles que hacen posible que se siga hablando frenéticamente de cambios, entreteniéndolo y despistando a la gente

2. Art. citado.

para que los hechos no cambien. Puro *gatopardismo* pastoral, pudiéramos decir.

Hay animadores pastorales, por ejemplo, que en lugar de ejercer un liderazgo de cambio se dedican a dar ánimos: prohibido el pesimismo, la cosa no está tan mal, no critiquen nada pues la gente está muy sensible y, además, mal que bien, por lo menos estamos formando «buenas personas».

Hay otros que viven a la caza de *powerpoints*, cuentos, canciones, videos, oraciones, etc., pensando que la solución está en conectar con los alumnos cambiando la forma y el lenguaje, guitarra y máquina en mano. Todo equipo de pastoral que se precie tiene que tener un tipo así, alocado, creativo, roquero, alternativo...

Otros se desmadran con la técnica: piensan que el programa Office puede solucionar cualquier problema pastoral. Son los técnicos de la pastoral. Suelen subir muy alto en la escala de nombramientos y responsabilidades porque hoy se valora mucho la gestión, la capacidad de tomar decisiones con rapidez y fuerza, los que saben hacer organigramas, presupuestos, cronogramas, mapas mentales, etc.

Todos ellos están programados para hacernos indeseable el cambio pastoral. Su motor es el miedo: un miedo que nos paraliza pues no nos deja creer en nosotros mismos, ni en el motor del testimonio, ni en la fuerza invencible de la gracia.

No acabamos de descubrir que el cambio pastoral significa encarnarnos en el mundo, llegar al corazón mismo de la escuela y de la vida, abrirnos a la interpelación constante de Dios en los signos de los tiempos, ser visionarios y creer en las utopías, luchar por un mundo mejor, crear estructuras humanizadoras sin las cuales el discurso evangelizador cae en el vacío...

Resumiendo, la Pastoral educativa no necesita de retoques, formación técnica, programas o materiales —que son solo medios— sino de un cambio de paradigma. Situándonos, primero, en el mundo actual y de las generaciones que van acudiendo a nuestros centros.

Dicho de otra forma, el cambio pastoral consiste en matar el paradigma “transmisión de la fe” apostando por una “pedagogía espiritual” con matriz evangélica. Dejar nuestra fijación en las agendas pías y abrirnos a la savia renovadora del Evangelio. Abandonar el modelo basado en “enseñar” la fe y pasar a construir procesos donde todos y todas, alumnos, padres y educadores, vivamos procesos de caminar hacia la fe. Serán esos procesos los que pongan a convertir a un colegio con pastoral a un centro en clave de pastoral.

Para la mayoría de integrantes de la comunidad educativa hay que empezar con el anuncio kerigmático, puerta de la misión en sentido cristiano, como reflexionamos en la primera parte de este curso.

PERSPECTIVA INTEGRADORA: LA TENSIÓN MISIONERA

Dos paradigmas pastorales

El centro en clave de pastoral no puede menos que asumir al hombre como su camino (Juan Pablo II) y poner el acento, con autenticidad y honestidad, en la evangelización como tarea prioritaria, convergente y unificadora. Porque entiende que si la Iglesia solo existe para evangelizar, las instituciones de iglesia también, incluido el centro escolar: su identidad consiste en creer, vivir y anunciar el Evangelio educando. A ello se orienta la Pastoral educativa o escolar.

Pero, como hemos estudiado en temas anteriores, existen por lo menos dos formas clásicas de comprender la pastoral educativa: la una que da por supuesto que quienes acuden al centro educativo católico son creyentes, es decir viven la fe cristiana, y por lo tanto la pastoral debe limitarse a alimentar o proteger esa fe. La otra forma no da por supuesto nada y aunque admite la presencia de cierta «fe» en muchos de los integrantes de la comunidad escolar, entiende que en realidad la evangelización es una tarea permanente porque la conversión a Jesús nunca parece ser definitiva.

En el primer paradigma la escuela se preocupa ante todo por «conservar» la poca o mucha fe que hay en cada uno —alumno, padre, madre, maestro...—, ofreciéndoles múltiples actividades religiosas, cuantas más mejor, que no siempre acercan a Cristo, que no llaman a la conversión, que no convocan a vivir la fe en comunidad, que no comprometen en una opción vital por el Reino. Se dirige a un «público» supuestamente cristiano y al que solo hay que «mantenerlo» cristiano.

En el segundo modelo no pretende conservar sino evangelizar. Se entiende la educación de la fe como un proceso continuado en el que van convergiendo la gracia de Dios y la voluntad libre del hombre, a partir de un conocimiento existencial de lo que Cristo es y propone. Esta perspectiva es la que llamamos misionera. Y es desde ella desde donde el centro en pastoral asume su tarea.

Por lo tanto, para la mayoría de integrantes de la comunidad educativa hay que empezar con el anuncio kerigmático, puerta de la misión en sentido cristiano, como reflexionamos en la primera parte de este curso. Es importante entonces que tratemos de esquivar aquel inútil activismo pastoral, retomando varias ideas que ya analizamos antes.

Ante todo debemos recordar que todo cristiano, también el que educa, vive su fe y su compromiso desde la misión y no como una simple tarea. En el primer caso tendrá fecundidad evangélica, en el



segundo solo eficacia meramente humana³. Se entiende aquí la misión como un llamado de Dios y su correspondiente envío a servirle en la entrega indisoluble a Dios y al prójimo.

Aceptar la misión supone la entrega radical a Dios en pobreza y desasimiento: ponerse pasivamente en sus manos como el barro en manos del alfarero, acatar sus planes, dejar que él se poseione de toda la vida y la configure toda a su antojo. O sea, la misión exige la totalidad de la vida, a carta cabal. Significa, en definitiva, seguir el ejemplo de Jesús, que, como Hijo, es el radicalmente enviado del Padre.

Espiritualidad de la encarnación

De allí dimana, como fruto de la encarnación, la que podríamos llamar la «espiritualidad de la pasividad», cuyo prototipo es María. Esta espiritualidad no es pasiva sino receptiva y se articula en torno a la convicción de que es necesario recibir a Dios y dejarse hacer por Él para que la misión sea parte de la misión de Dios y no una simple tarea humana.

3. Cf P. Van Breemen, en *Transparentar la gloria de Dios*, Sal Terrae, Santander, 1995, pp. 93-140.

María nos muestra cómo pasar de una espiritualidad de la acción a una espiritualidad de la encarnación⁴. Con su Amén nos enseña que la misión concreta solo se puede vivir desde la renuncia y la entrega total: el llamado-enviado es mero instrumento entregado al servicio del Señor.

El dinamismo de la misión pastoral, con sus aspectos necesariamente activos de predicación, tareas y proyectos, puede llevarnos a ocultar esa «pasividad» tan necesaria para entender que somos meros instrumentos en manos de Dios. Y que será esa actitud la que le dé fecundidad a nuestra acción, más allá de nuestra personal eficacia.

Si no es así, la tarea misionera puede —más o menos disimuladamente— pasar a ocupar el primer plano. Y junto con ella, las cualidades del misionero: el liderazgo, la eficacia, la habilidad para interpretar las Escrituras y discernir las urgencias del momento presente. Por ese camino terminamos considerándonos los protagonistas de la misión, lejos de la humildad lúcida que nos permite decir: «hágase en mí según tu palabra»...

No es lo mismo ser engendrados por la misión, por un lado, y, por el otro, instalarnos en la tarea como algo definitivo, como lugar único de servicio a Dios. La verdadera misión jamás implica instalación sino un mantenerse en apertura plena y confiada a Dios, sabiendo que será Él quien lleve a cumplimiento aquello que nos encarga, y que esa apertura implica la autorrenuncia y la entrega a Dios en servicio a sus criaturas.

Incondicionalidad de la entrega

La misión conduce a la consagración plena e incondicional a Dios mientras que la fijación en la tarea implica el peligro de «negociar» cierta parte de lo que somos y tenemos que ponemos a disposición de Dios, reservándonos otros ámbitos de «nuestro haber y poseer» si la tarea concreta no nos los pide.

Así, cuando la tarea misionera no se abre y se vive desde la misión totalizadora que relativiza y la remite necesariamente a una radicalidad mayor, puede desgraciadamente, bloquear su dinamismo interno más auténtico.

Desde esta perspectiva, de encarnación y renuncia, sí podemos hablar de crear una escuela cristiana de tiempo completo, como lugar eclesial, plataforma y ámbito de evangelización. Puestos en las manos de Dios y abiertos constantemente a su Espíritu, podemos olvidarnos de las angustias que frecuentemente parecen hacer depender nuestra fecundidad pastoral de nuestra eficacia humana.

4. Cf. S. Arzubialde, *op. cit.*, pp. 31-36.

Dicha acción pastoral se desarrolla en las dos facetas mencionadas antes: la pastoral de conversión, dirigida a formar la identidad cristiana de la persona, y la pastoral generativa de la comunidad eclesial a partir de pequeñas comunidades y grupos que se insertan activamente en la escuela, como fermento capaz de evangelizar y crear nueva cultura.

Centralidad de la pastoral

La “centralidad” de la pastoral es entendida aquí como el conjunto de principios y disposiciones que impulsan a todos los que participan en la obra educativa a hacer de la NUEVA EVANGELIZACIÓN el espíritu inspirador de toda su labor sin aditamentos excluyentes ni fundamentalistas, o sea en un respeto real a la libertad de conciencia.

Para lograrlo es necesario crear una disposición espiritual y actitudinal permanente en toda la comunidad educativa que les permita a todos sus integrantes actuar y brindar signos como cristianos convencidos y comprometidos a dar testimonio de su fe a través de sus vivencias diarias. Sin prisas pero sin abandonos.

Para cumplir con la misión educativa en ese contexto de centralidad de la Pastoral consideramos que:

El colegio es un espacio privilegiado en donde se puede ejercer la Pastoral, por lo tanto el lugar donde se debe anunciar y proclamar el mensaje de Jesucristo.

La persona de Jesucristo debe ser el centro implícito del ser y que-hacer educativo.

Lo Pastoral debe articular e integrar todas las áreas y estamentos del colegio, de tal modo que el mismo Espíritu de Jesús esté presente en todas las estructuras, en todo y en todos.

Todos los miembros de la comunidad cristiana escolar deben conocer y reconocer sus carismas específicos haciendo de la institución escolar en un espacio físico y espiritual en el cual puedan vivir su fe.

Todos los miembros de la comunidad deben sentirse y ser evangelizados y evangelizadores, y testigos de Cristo.

Objetivos de la pastoral misionera

La escuela en pastoral misionera tiene como primer objetivo conducir a sus miembros a que atraviesen el umbral de la fe. Por eso emplea sus primeros momentos y sus mejores esfuerzos en la «pedagogía del umbral» o de «pre-evangelización», donde se intenta fomentar el interés y preparar al ser humano —alumno, educador-padres— a abrirse a la oferta de la fe.

La “centralidad” de la pastoral es entendida aquí como el conjunto de principios y disposiciones que impulsan a todos los que participan en la obra educativa a hacer de la NUEVA EVANGELIZACIÓN el espíritu inspirador de toda su labor sin aditamentos excluyentes ni fundamentalistas, o sea en un respeto real a la libertad de conciencia.



De esa manera se los va poniendo en camino, es decir, abriéndolos al deseo de cambio. De conversión, de adhesión global a Cristo y de pertenencia a la comunidad cristiana.

Una educación pastoralmente concebida así, como proceso unitario e integral, podría ser definida entonces como un verdadero taller para la vida que:

- asegura la convergencia de todas las intervenciones educativas desde el evangelio;
- anima a comprender, realizar y hacer experiencia de los valores cristianos y de los valores culturales del propio contexto;
- promueve la orientación global de las personas ayudándolas a descubrir sus posibilidades no en función egocéntrica, sino de verdadero compromiso, de apertura y de entrega a Dios en el prójimo y al prójimo en Dios.

Papel protagónico del educador

Volvemos a un tema reiterativo por su importancia en el modelo. Porque, evidentemente, este paradigma pastoral exige un educador con actitudes renovadas o re-creadas: que se reconoce cristiano y entiende su misión educativa como parte de la misión de Dios. Que no educa simplemente para comer o porque le gusta, sino que sitúa su labor dentro de un proyecto mucho más amplio y abarcante que es el proyecto de Dios, el de los nuevos cielos y la nueva tierra, con un nuevo hombre y una nueva sociedad; y que por eso se pregunta día a día: ¿qué debo hacer yo, como hombre, como cristiano y como maestro, para ser cada día mejor en todos los sentidos?...

Porque en definitiva la Pastoral de la Escuela católica será lo que sean sus educadores. La educación es cuestión de hombres, no de máquinas ni de programas. Implica la exigencia de un maestro con alma misionera pero que por eso mismo es también más humano, más persona, más capaz de superar el libro para centrarse en el estudiante; un maestro que a medida que evangeliza a los demás se evangeliza él mismo, que crece y madura día a día en el camino del discipulado, y que educar con una pedagogía de raigambre evangélica; un educador capaz de ser, pensar, actuar y educar como creyente, sin pretender hipotecar las libertades de sus alumnos ni desnaturalizar saberes que tienen su autonomía y no pueden estar al servicio de fines espurios.

Debe ser un maestro que vive su tarea diaria ante todo como gratitud y respuesta a Dios que lo ha llamado a un vivir nuevo; que nace y renace a su vez en la fiel audición, en la real solidaridad, en la dura permanencia y en el activo protagonismo junto con los demás seres humanos de una generación, de una sociedad, de una tierra y de una época específicos. Responsabilidad que se trenza con las exigencias de evangelio eterno que, en la Iglesia y bajo la acción del Espíritu, son posibles a quien cree, y con las exigencias de una historia muy concreta, que entraña a la vez solidaridad y distanciamiento, colaboración y crítica, riesgos compartidos y aislamientos inevitables.

Ese educador tiene que estar animado del amor comunicativo y persistente de nuestro Dios para con los seres humanos. Por eso mismo, el educador cristiano se convertirá en el mayor despertador, el más potente suscitador de humanidad en sus educandos.

Y para ejercer esa función humanizadora, el mejor camino es ser personalmente el mayor “donante” de humanidad al estilo de Cristo.

La Pastoral de la Escuela católica será lo que sean sus educadores. La educación es cuestión de hombres, no de máquinas ni de programas.

En una escuela en clave de pastoral se aprende para transformarse cada persona y para transformar la sociedad desde el evangelio de Jesús.

OPCIONES Y CONDICIONES DE BASE

Para que el centro en clave de pastoral pueda lograr sus objetivos es menester que desde un comienzo, haga ciertas opciones y cumpla con ciertas condiciones mínimas.

Opciones

a) Por la persona como sujeto y por el mundo y sus saberes como centro de la actividad educativo-pastoral. Así, en el eje programático deben situarse las personas, toda la persona y todas las personas. La educación que se imparta debe estar realmente centrada en el hombre pero con criterios de humanismo lúcido y de coherente evangelio. Será una educación que ve en cada alumno, así sea el más desprovisto de atractivos humanos, o el más golpeado por el pecado, o el más pobre social o intelectualmente hablando, una imagen y semejanza de Dios, un Lázaro que espera ser sacado de su tumba, mejor aún, un Cristo que quiere y debe resucitar. Con objetivos claros que empiecen por reconstruir la identidad personal y social, tan sistemáticamente negadas y hondamente golpeadas hoy, a través de la promoción de novedosas jerarquías de valores y seudovalores. En otras palabras, el centro de interés de la actividad escolar es el mundo, científica y prácticamente tratado, pero entendido como un entramado de relaciones humanas. Las relaciones entre las personas constituyen el tejido escolar-pastoral y el tejido del mundo y de sus saberes. La pastoral educativa pone en diálogo lo secular y lo cristiano en un ir y venir de preguntas y respuestas.

b) Por la búsqueda de una sociedad alternativa. En una escuela en clave de pastoral se aprende para transformarse cada persona y para transformar la sociedad desde el evangelio de Jesús. Aún en estos tiempos de desencanto y de utopías diluidas, afirmamos que ese *otro mundo es posible*. Por eso la pastoral educativa es un asunto que se discierne desde el lugar del pobre, criterio básico del cambio social.

c) Por un modelo pastoral misionero. Ya no hay cristiandades. Se trata de procesos de iniciación y re-iniciación permanente, de fundaciones y re-fundaciones de comunidades eclesiales, muchas veces provisionales. No podemos pretender escuelas de católicos, para católicos, conducidas por católicos. En el marco de la cristiandad la Escuela católica hacía una pastoral de mantenimiento. En nuestra sociedad secularizada se trata de iniciación. Religión, valores, moral, son cuestiones abiertas y plurales en las escuelas. Se trata de buscar

el diálogo, como Pablo en el Areópago, nuestro Dios, el Dios de Jesucristo, está aquí, aunque unos y otros lo ignoremos. Sobre este aspecto volveremos luego.

d) Por una filosofía educativa que responda, al mismo tiempo, a las exigencias y expectativas de una escuela nueva:

- más humana y más humanizante, preocupada no tanto por impartir conocimientos cuanto por abrir las conciencias al mundo de los valores, de las actitudes y de los ideales enseñados y vividos, y donde el maestro podrá ser más él mismo, más subjetivo, más directo, más integral...
- preocupada por ofrecer verdadera calidad a todos, por superar las exclusiones y el fracaso escolar, por brindar a todos orientación vivencial, escolar y profesional...
- capaz de superar elitismos y divisiones, sin discriminaciones económicas ni para los padres, ni para los alumnos, ni para los maestros...
- que abra caminos esperanzadores en los ámbitos educativos ofreciendo sus servicios a todas las edades y en todos los campos humanos y del saber.

Condiciones

a) Que exista una comunidad de educadores con conciencia de su misión. Uno o varios grupos de educadores con la conciencia misionera suficiente como para movilizar a todos hacia una acción planificada.

Como hemos venido insistiendo en temas anteriores, las urgencias pastorales nos exigen, entre otras cosas, definir operativamente la Escuela en pastoral a partir de una comunidad cristiana en la que se vayan integrando todos los miembros de la comunidad educativa. Obviamente esto no puede imponerse, sino que será fruto de un largo y laborioso pero constante proceso de acercamiento a la fe, no desde el discurso sino desde el testimonio de vida y el compromiso.

En síntesis, la comunidad es siempre fuente, lugar y meta de toda acción evangelizadora. No hay pastoral —ni educativa ni ninguna otra— si el movimiento es de una sola persona. Dicho de otra forma, toda pastoral busca formar sujetos creyentes pero que vivan su fe socialmente; por eso necesita de grupos comunitarios que lleven adelante su proyecto creyente desde la escuela. No olvidemos que el proyecto del Reino de Dios a nivel de iglesia se sustenta en la comunidad.

Por eso el motor de este modelo pastoral son los educadores. No puede ser cosa de la comunidad religiosa separada del conjunto de los educadores; ni de un grupito de pastoralistas, ni de los directivos, que quieren movilizar a todos.



La escuela en pastoral debe preocuparse de formar personas y comunidades cristianas maduras, que vivan de forma consciente y comprometida con su fe. Para ello debe irse configurando como un ambiente en el que la semilla regada no arriesgue morir pisoteada o devorada, creando un clima de convivencia realmente humano y fraterno pero justo, con nuevos mensajes a tono con la realidad que se vive, y con una revalorización de las posibilidades y capacidades de todos y cada uno: o sea, buscando la dignificación profunda de cada miembro de la comunidad y del quehacer colectivo.

b) Que se trate siempre una acción planificada, a partir de un discernimiento participativo sobre la situación presente, en tensión con los desafíos del Reino de Dios, y busque racionalmente responder mediante una acción que promueva la conversión de las personas y los grupos al Evangelio (Cf. Documento de Puebla 1307).

c) Que la planificación pastoral reconozca las diferencias, las desigualdades y los pluralismos que se dan en toda comunidad educativa y busque por todos los medios que cada uno y todos vayan construyendo su propio camino de crecimiento en la fe. Reconocer, al interior de todo centro educativo, que hay una diversidad de destinatarios de la Evangelización con muchas diferencias en sus procesos. Por eso cada vez que se organicen diversos tipos de actividades, estas deben ser diversificadas, individuales, grupales, masivas, obligatorias y

optativas, explícita e implícitamente evangelizadoras, precisamente, porque como ya se dijo, Pastoral es una acción de Iglesia que mira la vida concreta de los alumnos y desde los valores evangélicos invita a crear una comunidad de creyentes.

d) Que la búsqueda permanente de una síntesis fe-vida-cultura sea el cemento que una e interrelacione las diversas dimensiones del currículo y del Proyecto Educativo. Y que las comunidades creyentes sepan armonizar su vida, sus diversos aprendizajes y su fe. Esta es una tarea de todos los actores: directivos, docentes, auxiliares, alumnos, familias, religiosos y seculares.

d) Que lo testimonial se imponga siempre sobre lo meramente predicativo: “nosotros no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído” (Hch 4,20) respondieron Pedro y Juan ante la primera prohibición de evangelizar que las autoridades de Jerusalén pretendían imponerles. Benedicto XVI decía en la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia: “Quien ha descubierto a Cristo debe llevar a otros hacia Él. Una gran alegría no se puede reservar para uno mismo. Es preciso transmitirla. En amplias zonas del mundo existe hoy un extraño olvido de Dios. Parece que todo funciona igualmente sin Él; pero, al mismo tiempo, existe un sentimiento de frustración, de insatisfacción de todo y de todos”.

En amplias zonas del mundo existe hoy un extraño olvido de Dios. Parece que todo funciona igualmente sin Él; pero, al mismo tiempo, existe un sentimiento de frustración, de insatisfacción de todo y de todos.

PROCESOS, TIEMPOS Y LUGARES

La tarea pastoral se realiza, en la vida escolar, a través de dos procesos fundamentales que, a su vez, se abren en múltiples expresiones y actividades, y que no pueden limitarse a coexistir sino que han integrarse en profundidad.

a) La evangelización de la cultura. A través de este proceso la comunidad educativa va discerniendo los modos y caminos para descubrir o poner a Dios en la cultura: “...la educación cristiana es la *inculturación del evangelio en la propia cultura*” (SD 263).

- Demostrar que no hay divorcio entre la fe y la cultura, pues su autor es Dios mismo y su objetivo único: realizar el proyecto divino del ser humano.
- Descubrir las «semillas de Dios» que hay en todas las expresiones culturales auténticamente humanas.
- Subrayar la dimensión humanizante de la cultura es la perspectiva de «los nuevos cielos y la nueva tierra».
- Enfocar el currículo y el PEC, en su totalidad, desde la perspectiva de la fe: personas, objetivos, programas, metodologías, pedagogías, normas, tiempos, espacios, ambiente, relaciones.

La unificación de la existencia se da desde la polaridad complementaria fe-vida. De allí se ha de generar una comprensión cristiana de la vida que no se quede solo como una noción inoperante.

- Integrar en ese proceso a todos los participantes del Proyecto Educativo, cada uno de acuerdo a su propia función y situación personal.

b) La evangelización de las situaciones cotidianas, o sea, de la vida. No basta con ofrecer una visión de la vida profunda y coherentemente evangélica de la cultura sino que también esa visión ha de ser operante en la vida de todos los días de todos los actores educativos.

«Se propone que la educación en la fe en las instituciones católicas sea integral y transversal en todo el currículo, teniendo en cuenta el proceso de formación para encontrar a Cristo y para vivir como discípulos y misioneros suyos, e insertando en ella verdaderos procesos de iniciación cristiana. Asimismo, se recomienda que la comunidad educativa, (directivos, maestros, personal administrativo, alumnos, padres de familia, etc.) en cuanto auténtica comunidad eclesial y centro de evangelización, asuma su rol de formadora de discípulos y misioneros en todos sus estamentos. Que, desde allí, en comunión con la comunidad cristiana, que es su matriz, promueva un servicio pastoral en el sector en que se inserta, especialmente de los jóvenes, la familia, la catequesis y promoción humana de los más pobres. Estos objetivos son esenciales en los procesos de admisión de alumnos, sus familias y la contratación de los docentes». (Aparecida 339).

Es decir, la unificación de la existencia se da desde la polaridad complementaria *fe-vida*. De allí se ha de generar una comprensión cristiana de la vida que no se quede solo como una noción inoperante. A través de ese proceso todos y cada uno de los integrantes de la comunidad escolar crece en fe, compromiso, libertad y comunión, haciéndose constructor de cultura, transformador social, hacedor de historia. Reconocer la Palabra de Dios en “los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad, en todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo” (GS 39) nos tiene que llevar a crecer en dignidad, fraternidad, libertad, y en voluntad y compromiso de transformación de la sociedad, primera fase del Reino de Dios.

Desde esta doble perspectiva debe planearse el itinerario pastoral en fases complementarias:

- De las situaciones de la vida a la pregunta religiosa. No hay respuesta donde no existe la pregunta; pero tampoco es posible la pregunta si antes no se quitan los obstáculos que impiden plantearla. De hecho hay interrogantes y preguntas de sentido que hacen experimentar la dimensión problemática de la propia existencia y abren y predisponen a la pregunta religiosa.
- De la opción global de fe a un proyecto de vida cristiana. La finalidad del anuncio cristiano es suscitar la conversión inicial, la adhesión global al Evangelio, cuya realidad y novedad se

descubre. Implica la aceptación de Dios vivo, la voluntad de seguir a Jesús, el superar las situaciones de pecado y el deseo de incorporarse a la comunidad cristiana. Convertirse 'en' significa saber traducir en práctica los compromisos que previenen de la propia elección y esto requiere el trabajo largo y fatigoso de adquisición de actitudes, valores y comportamientos cristianos.

- De la vivencia personal, a la inserción en la comunidad cristiana. Quien decide realizar el camino de la fe, necesita ser acompañado por una comunidad que lo sostenga en su empeño. Una comunidad que, inicialmente, no tiene por qué ser la gran comunidad sino un grupo comunitario que favorezca paulatinamente la profundización de la fe, la iniciación litúrgica, el compromiso cristiano y la opción vocacional.

Obviamente, todos estos procesos no pueden estar relegados a determinado espacios y horarios. Como hemos venido reflexionando, todo el tiempo y todo el espacio escolar son en este sentido pastorales. Pero sí hay algunos «lugares» que son especialmente favorables:

- la convivencia diaria, fraternal y cálida, y el acompañamiento de todas las personas,
- la catequesis como experiencia de fe y no como simple asignatura escolar,
- los momentos de oración o litúrgicos vivencialmente vividos,
- las situaciones imprevistas o difíciles que requieren intervención,
- los grupos y comunidades de fe,
- el aprendizaje de las opciones vocacionales,
- las actividades de servicio, sociales, solidarias y misioneras.

CAMPOS DE ACCIÓN PEDAGÓGICO-PASTORAL

El clima institucional o ambiental como matriz del aprendizaje

Es todo aquello que constituye la escuela como un verdadero lugar antropológico: un espacio humano, cargado de vida en el que la relación cara a cara confiere una identidad particular a quienes lo habitan. O aquello que impide que ese lugar se configure. Porque se trata de una matriz, de un ambiente propicio o nefasto para la vida y por ende para la educación y para la fe. Graciela Frigerio⁵ lo define como el modo en que se vivifica, se construye, se modela y se habita la institución.

5. Educadora e investigadora en pedagogía, argentina, contemporánea, especializada en temas de instituciones educativas.

Hay quienes sostienen todavía que se trata de realizar acciones pastorales (agenda) en la escuela; nosotros afirmamos aquí que eso no basta sino que se trata de construir una “escuela en clave Pastoral”.

Forman parte de esta matriz elementos plurales y heterogéneos, algunos de los cuales exceden la vida escolar, por ej., las condiciones sociales y el entorno de la educación. Se trata por tanto de un frente complejo que puede parecerse inabarcable pero que exige un plan de vida y acción. Afortunadamente la mayoría son elementos previsibles y por ende planificables: el equipamiento escolar, la distribución de los espacios, la relación comunitaria, la racionalidad institucional, la profesionalidad de los actores, la administración de los tiempos y los recursos, los reglamentos, los procesos de conducción, animación, formación profesional y participación. En fin, todo lo que constituye el fondo de la cultura escolar y que desde allí condiciona la acción pastoral (recordar la parábola del sembrador).

b) La propuesta curricular como *matriz de sentido* institucional. Una escuela configura una determinada propuesta curricular porque le asigna un sentido peculiar. En el fondo, afirma que se puede vivir humanamente aprendiendo eso que ella propone. Pero una escuela en clave de pastoral intenta algo más: busca descubrir la dimensión cristiana en esos mismos saberes que, como toda escuela, propone, poniendo en diálogo los contenidos de todas las asignaturas con los del evangelio. Busca suscitar preguntas y no solo dar respuestas sobre los grandes interrogantes existenciales y desde ahí iniciar y educar para la vida cristiana, en todas sus dimensiones. Por eso, afirma el P. Alberto Parra⁶, la pastoral escolar está en el *currículum* o no está.

c) Los valores y contenidos transversales como eje unificador del *Proyecto Educativo Evangelizador*. En algún momento tiene que haber espacio para hacer conciencia de la unidad de la vida escolar y cristiana. Se trata, por lo tanto, de precisar los valores que, según lo vayan exigiendo los signos de los tiempos, sirvan de espina dorsal al trabajo pastoral. Pueden expresarse a través de un lema anual que sea trabajado por todos y de diversas formas, o mediante algunos contenidos especiales que a ser tratados por todos, o centrarse en un tiempo del año de especial connotación religiosa como la Cuaresma, la Pascua, Pentecostés o la Navidad.

d) Los «espacios» de explicitación del Evangelio como «condensadores» de la acción pastoral. Como porción de Iglesia, tarde o temprano surge en la Escuela católica la necesidad y la urgencia de evangelizar explícitamente. La pregunta que cabe es: ¿cómo hacerlo?

Hay quienes sostienen todavía que se trata de realizar acciones pastorales (agenda) en la escuela; nosotros afirmamos aquí que eso no basta sino que se trata de construir una “escuela en clave Pastoral”,

6. Teólogo jesuita colombiano, de gran gravitación en el pensamiento teológico latinoamericano, desde el campo de la teología de la liberación.



ya que son toda la vida y el quehacer de la escuela los que deben estar impregnados de sensibilidad Pastoral: su personal, su organización, sus estructuras, sus metodologías, su currículo, la vida misma de la escuela se deben convertir en agentes, lugares o plataformas de una acción evangelizadora explícita.

Algunos serán obligatorios, otros optativos. Algunos estarán permanentemente, otros aparecerán en algunos tiempos significativos.

1.º Anuncio de Jesucristo (Kerigma), buscando suscitar la conversión inicial y, paulatinamente, la adhesión global a su persona, a su mensaje y a su proyecto de salvación.

2.º Catequesis: (acción catecumenal), capacitando básica y progresivamente a quien ha aceptado a Jesucristo para entender, celebrar y vivir la Buena Nueva del Reino.

3.º Oración y liturgia: el proceso de crecimiento en la fe tiene que estar animado y acompañado de espacios y tiempos de encuentro personal y comunitario con Dios, con Cristo, con su Espíritu..

4.º Discipulado: quien ha descubierto a Jesucristo y su proyecto de vida no puede menos que sentirse impulsado a participar en él, haciéndose su discípulo y comprometiéndose a seguir adelante su tarea: vocación, servicio social, apoyo misionero, caridad, solidaridad, etc. Lo decía San Pablo: “anunciar el Evangelio no es para mí motivo de gloria, sino una obligación que tengo, ¡y pobre de mí si no

anunciara el Evangelio!, ¿merecería recompensa si hiciera esto por propia iniciativa?, pero si cumplo con una misión que otro me ha confiado, ¿dónde está, entonces, mi recompensa? Está en que anunciando el Evangelio, lo hago gratuitamente, no haciendo valer mis derechos por la evangelización”.

e) Los objetivos pastorales como mediaciones de la fe: el informe Delors⁷ nos ha acostumbrado a pensar en la escuela como un lugar en el que se aprende a *conocer*, a *hacer*, a *ser* y a *vivir juntos*. Esto equivale a decir que la escuela ofrece competencias científicas, competencias tecnológicas, competencias **éticas** y competencias comunicativas. Pero además, la escuela de inspiración cristiana tiene que formar para la vida cristiana ofreciendo competencias creyentes. Para lograrlo debe plantearse con claridad los siguientes objetivos:

1.º Introducir a todos los miembros de la comunidad educativa en el conocimiento del misterio de la salvación, llevándolos progresivamente a dar razón de su fe y testimonio de su esperanza.

2.º GENERAR espacios, tiempos y recursos para animar la vida que viene de Dios, los misterios de la fe a través de los sacramentos, especialmente el sacrificio de la Eucaristía.

3.º VIVIR Y HACER VIVIR la comunión y la fraternidad como testimonio de credibilidad del anuncio del Evangelio en la comunidad educativa.

4.º COMPROMETER a todos los miembros de la comunidad escolar, desde una clara conciencia de servicio, en acciones de caridad, misericordia y preocupación constante por ayudar a dar, desde el evangelio, respuestas efectivas a problemas como la pobreza, la marginalidad, la violencia, la injusticia y el sufrimiento de todos, sobre todo de los más débiles; participando al mismo tiempo, junto a otras personas e instituciones, en los trabajos para lograr una sociedad más humana, justa y fraterna.

Nota importante:

El Proyecto educativo pastoral

Lo dicho hasta aquí supone la necesidad de elaborar un Proyecto Pastoral, en el que se deben impulsar acciones muy concretas siempre en concordancia con el Proyecto Educativo Institucional y sin caer en la trampa de las agendas piadosas; teniendo siempre presente que no se trata de amontonar cosas real o supuestamente religiosas sino de fomentar y acompañar los procesos de crecimiento de la fe.

7. Informe de la UNESCO, *La educación encierra un tesoro*. Santillana, UNESCO, Madrid, 1996.

CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA PASTORAL

Hay una serie de adjetivos pastorales que pueden terminar de definir lo que entendemos aquí por centro en clave de pastoral. Dicho en otras palabras en un centro en clave de pastoral no todo tipo de pastoral puede tener cabida.

- Es una lista larga y detallada pero a cada realidad pastoral le corresponderá acentuar las características que son para ella más relevantes en una situación determinada...
- Kerigmática: centrada fundamentalmente en el anuncio del kerigma y solo en un segundo momento en lo catequética, lo ético, litúrgico, etc.
- Diferenciada, personalizada y progresiva: que responda a las necesidades y preguntas de cada persona, de cada grupo y de cada etapa de la vida.
- Realista: aterrizada siempre en las realidades a evangelizar para iluminarlas desde el evangelio.
- Misericordiosa: con una opción definida por la misericordia evangélica al estilo de Cristo, que ante la falla o el error dé más importancia al Evangelio que al reglamento del colegio.
- Procesal: que responda de alguna manera al proceso de la primera iglesia evangelizadora, adaptándolo a los tiempos actuales: kerigma, catecumenado, bautismo, confirmación, etc.
- Encarnada en cada realidad y cada circunstancia.
- Actualizada: sirviendo el vino siempre nuevo del Evangelio a través de mediaciones actualizadas y lenguajes apropiados.
- Eclesial: con conciencia eclesial, asumiendo que la pastoral educativa debe insertarse de alguna forma en la pastoral de conjunto.
- Misionera: lo hemos desarrollado ampliamente.
- Comunitaria y participativa: que promueva y exija la participación involucrada de todos los integrantes de la comunidad.
- Vivencial: que busque como fin no tanto en el conocimiento intelectual de un cuerpo de verdades cuanto una vivencia diaria de la fe.
- Testimonial y propositiva: que no parta de un enunciado retórico de verdades sino del testimonio vivo de quienes lo proponen.
- Bíblica: que en la metodología dé más importancia a la Biblia (especialmente al NT) que al catecismo o la teología.
- Teologal: que se esfuerce más por vivir a Dios que por hablar de Dios.
- Orante: con un énfasis especial en la dimensión orante.

Los objetivos pastorales como mediaciones de la fe: el informe Delors nos ha acostumbrado a pensar en la escuela como un lugar en el que se aprende a conocer, a hacer, a ser y a vivir juntos.

La razón de ser de un colegio católico es dar un testimonio de Cristo e irradiar las virtudes cristianas; por lo tanto, debe ser un lugar humano donde directivos, educadores, auxiliares y padres de familia, con la palabra y el ejemplo, transmitan los valores cristianos a todo el alumnado.

- Dialogante y oferente: que proponga la fe como una oferta de vida sin tratar de imponerla.
- Sencilla: que no se envuelva en complicaciones innecesarios.
- Procesual: afincada en promover y acompañar proceso más que en ofrecer agendas piadosas.
- Esperanzada: sabiendo que los procesos de fe no tienen plazos fijos y hay que darle tiempo a la gracia desde una profunda y convencida esperanza.
- Audaz y creativa: en busca permanente de caminos nuevos para hacer llegar el Evangelio a todos, sabiendo que el Espíritu quiere hacer nuevas siempre todas las cosas.
- Crítica y autocrítica: que se evalúe a sí misma constantemente con criterios de Evangelio, y que sea siempre crítica y profética frente a la escuela, la sociedad, la iglesia, la cultura, etc.

CONCLUSIONES

Las anteriores ideas solo pretenden iluminar el camino de la Escuela católica que busque comprenderse y organizarse en clave de pastoral; una escuela que prima la formación en la fe cristiana para desde ella dar respuesta clara y precisa en los campos de la promoción humana, la ecología, los derechos humanos, y en general a los grandes problemas que afronta el hombre de nuestro tiempo (*cf. Documento de Santo Domingo*).

Al estilo de Jesús cuya vida fue para sus discípulos una verdadera escuela. Según quiénes le escuchaban hablaba en parábolas o con doctrina sólida para ir enseñando. Las multitudes que le seguían perdían la noción del tiempo, y no se querían mover solo para seguirle escuchando... Ese mismo Jesús que un día les dice a sus discípulos que vayan por el mundo y hagan lo mismo que Él.

Hoy, dos mil años después las formas han variado, todo se ha vuelto más completo y complejo. Sin embargo, en el fondo, la Escuela católica tiene que ser en su esencia lo anteriormente expresado: el instrumento para predicar la Palabra de Dios, y formar personas con los valores de Cristo y que respondan al proyecto de Cristo. Todo lo demás es mediación.

En otras palabras, la razón de ser de un colegio católico es dar un testimonio de Cristo e irradiar las virtudes cristianas; por lo tanto, debe ser un lugar humano donde directivos, educadores, auxiliares y padres de familia, con la palabra y el ejemplo, transmitan los valores cristianos a todo el alumnado.

Es necesario que insistamos: si el instituto educativo se limita a ofrecer una excelente formación intelectual, si es un gran semillero de deportistas, si es un óptimo lugar para formar líderes o grandes ejecutivos, si se satisface por los excelentes ingresos a la universidad, si es cuna de exitosos profesionales... y mide su calidad por tales metas, aun no merece llamarse un colegio católico. El colegio católico tiene que estar ligado a Cristo, a su evangelio, a sus virtudes. Tiene que funcionar en términos de Cristo, con todo lo que esto implica.

Los educadores católicos deberíamos hacernos eco de las palabras del Beato Juan Pablo II a los jóvenes, en la Jornada Mundial de la Juventud realizada en Toronto en el año 2002:

«Busquen la felicidad en Cristo. He escuchado sus voces alegres, sus llantos, sus canciones, y he sentido el profundo anhelo que retumba en sus corazones: ¡ustedes quieren ser felices!». “Son muchas y seductoras las voces que los llaman de *todos lados: muchas de estas voces les hablan de una alegría que puede obtenerse por el dinero, con el éxito, con el poder. Mayormente proponen una alegría que llega con el superficial y temporal placer de los sentidos. La verdadera felicidad es una victoria, algo que no podemos obtener sin una batalla larga y difícil. Cristo mantiene el secreto de esta victoria. “Fue una batalla a muerte. Cristo luchó esta batalla no por sí mismo sino por nosotros. En su muerte, floreció la vida. La tumba en el Calvario se convirtió en la cuna de la nueva humanidad en su camino a la verdadera felicidad».*

Ojalá nuestras escuelas todas respondan a ese ideal no tanto por la cantidad de las cosas religiosas que hacen sino por el espíritu que las anima y que las hace entenderse enteramente como centros en clave y *aroma* de pastoral.